

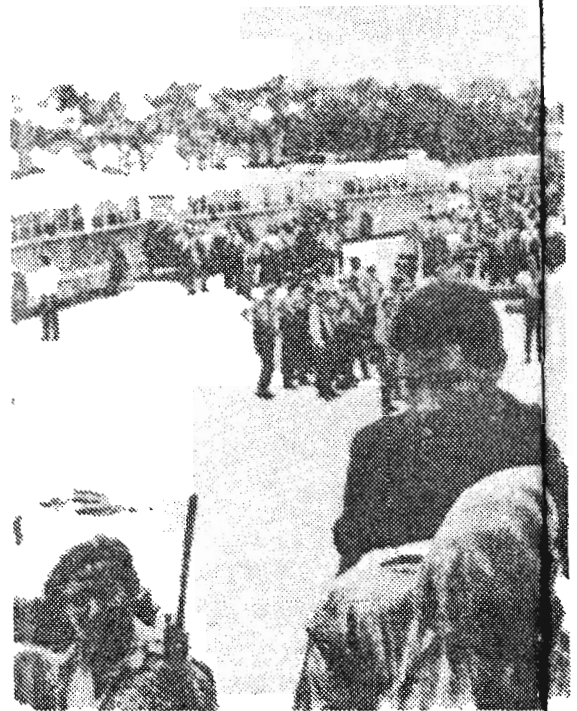
# IMAGENES DE UN SUEÑO QUE SE REPITE Y ME LLEVA DE NUEVO A PLAYA GIRON

Por Felipe Rivero

**A**yer volví a tener el mismo sueño. Es un sueño nauseabundo... mareante y estúpido. Con ligeras variaciones en su argumento, la base es siempre la misma, lo padezco cada cinco o seis meses, cada cinco o seis meses desde aquello que nuestra historia llama Girón. Y digo nuestra Historia, porque los norteamericanos le llaman Bahía de Cochinos; y aunque así se llamaba la bahía por donde desembarcamos, no puedo evitar la sospecha de que los norteamericanos, en su constante esfuerzo por rebajarnos, prefirieron usar ese nombre en referencia a aquel hecho histórico, a otro más apropiado, como Girón, que fue donde propiamente dicho se dio la batalla.

El sueño, decía, es el mismo siempre. Estoy preso en aquellas inmundas

ergástulas, y sobre mí pesa la espantosa posibilidad, de que jamás volveré a salir de allí. A veces, dependiendo quizás de lo que haya comido o hecho... no sé, el sueño tiene una variante ridícula, pero no menos desagradable. Estoy ya aquí en Miami, libre, por producto de las negociaciones entre el gobierno norteamericano y los comunistas cubanos, pero sucede entonces, que surge un problema entre los norteamericanos y los comunistas, y ambos deciden cancelar esas negociaciones, que nos dieron la libertad a través del famoso canje. ¡Tenemos que volver! Volver allá, a pudrirnos poco a poco, en la penumbra asfixiante de los horribles calabozos rojos! Entonces... entonces me despierto. Con las veces que lo he



"Y llegaron los refuerzos de Castro, cuando nuestras fuerzas no recibieron la ayuda prometida".

padecido, algo siempre me dice, mientras está ocurriendo, que sólo se trata de un sueño, pero así y todo, me resulta abismalmente desagradable. No sé qué aconsejarían el viejo Freud, Jung, y los discípulos de ambos, para un caso semejante, pero después de lo de anoche, llegué a la conclusión, que a lo mejor escribiendo sobre este tipo de pesadilla y los demás asuntos relacionados con ella, si no conseguía de este modo erradicarla de mi subconsciente, por lo menos lograría mitigar el mal sabor que me dejaba su recuerdo.

Voy a permitir pues a mi mente, vagabundear sin dirección fija por aquella época, dejar que los recuerdos e impresiones fluyan libremente y sin orden a mi consciente, en la forma de imágenes, igual que sucede en mis sueños...

El fango, la lluvia constante y la niebla en aquellos campos de entrenamiento, situados a miles de pies sobre el nivel del mar... Nunca paraba de llover. Mucho o poco siempre llovía. La niebla lo envolvía todo, lo mismo en la mañana que en la noche. Desde el borde de los riscos donde hacíamos guardia, con armas automáticas sin municiones vivas, (los americanos parece que no confiaban en nosotros) podíamos observar el abismo, por donde algunos de nuestros camaradas ya se habían despeñado. Allá abajo, a varios cientos de pies de donde estábamos, se

"El sueño, decía, es el mismo siempre. Estoy preso en aquellas inmundas ergástulas".





deslizaban las nubes, suave y silenciosamente... Blancos y azulosos barcos fantasmagóricos, que lentamente se desplazaban en pos de la eternidad, llevando a bordo nuestros pensamientos... Sí, hacíamos guardias sobre las nubes.

Durante lo más ardiente de la guerra civil española, un poeta falangista dijo una vez... "Haremos guardias en los luceros". Bella imagen. Pues bien, nosotros hacíamos guardias sobre las nubes, pero... el cuadro no tenía nada de bello, a menos que el horror posea belleza. Días sin sol... noches sin luna... Cuando alzábamos la vista, lo único que podíamos contemplar era a Santiaguito. Santiaguito era un picacho áspero, que se ergula patéticamente hacia aquel oscuro cielo, como un ángel caído, tratando con su mano huesuda y sarmentosa de arañar el poder supremo, que lo habla sumido en las tinieblas. De su triste cúspide, emanaba constantemente un humillo azuloso. Era un volcán semi-muerto, al que aquellos visitantes caribeños en su irrespetuoso desparpajo, habían bautizado, (nunca supe por qué) con el apodo de "Santiaguito". Santiaguito hacía temblar la tierra o más bien el fango, todos los días a la caída de la tarde. Al parecer para recordarnos, que no éramos bienvenidos a esos parajes. Y todos los días a la caída de la tarde, cuando agotados por aquellas guardias interminables y los bárbaros ejercicios a que diariamente nos teníamos que someter, mientras que arrastrábamos por aquel fango espantoso nuestras elegantes boticas negras de paracaidistas, (que ya no eran negras ni

**"Es el último día de la batalla. Avanzamos cautelosamente para intentar de nuevo esa posición..."**

elegantes) en dirección a las tiendas militares que nos daban albergue, escuchábamos unos campanazos. Allá a lo lejos, observamos entonces a la figurilla patética y espectral de un joven negro, que envuelto en la penumbra nebulosa de la tarde, descendía penosamente la ladera de una lomita en dirección a nosotros, mientras exclamaba entre campanazo y campanazo: "El rosario... el rosario comienza a las 6 y media..." Uno de los nuevos preguntó: "Y ese, ¿quién es?" a lo que inmediatamente César Campa, un veterano ya en la base, respondió muy serio y circunspecto: "Ese es el santo de las montañas... Es un santo bueno y prieto, que se aparece siempre a esta hora". El "santo" era un paracaidista llamado Carrillo, que fungía de sacristán en la base. Sobrevivió aquello y hace unas pocas semanas, fue ordenado sacerdote aquí en Miami.

César Campa, tengo entendido que también anda por aquí, con su espontáneo humor y su jaba de inagotables y originales chistes. Ya en la tienda, me dije a mí mismo: "Ese rosario no me lo meto yo... ¡con lo cansado que estoy!". A lo lejos todavía podían escucharse los campanazos de Carrillo, pero ya no su pregón. "Qué poca cosa somos..." —exclamé para mis adentros— "todavía pueden escucharse los campanazos, pero no la voz, ni siquiera la voz de un hombre que habla de Dios".

Continué dejando fluir los recuerdos a mi consciente. Entre el fango y la bruma, surge ahora la cara estúpida de uno de los instructores norteamericanos que teníamos allí. Era el prototipo del machismo hollywoodense, de mediana edad, alto, fuerte, delgado, con una agresiva e insolente expresión, que se le escapaba por debajo de la pegada visera de una elegante gorrita del "Afrika Korps", que siempre llevaba puesta encima de su cara colorada. De cada tres palabras que mascullaba entre sus

dientes apretados, dos eran las inevitables, "fouck" y "damn". Entre otras cosas, nos daba clases de defensa personal. Yo bauticé su escuelita con el apodo de la **escuela del crimen**. Allí casi todas las tardes, nos enseñaba las distintas formas de cómo matar o inutilizar a un hombre, empleando sólo las manos y a veces los pies. En fin, que toda la clase se traducía en ojos sacados, vientres destripados, testículos reventados y otras lindezas más. El profesor poseía una teatralidad increíble, que yo no sé por qué, me provocaba una risa incontenible. No, yo no le cala bien; y eso que en muchas ocasiones tenía que usar mis servicios, para traducir sus órdenes a los demás. Como el día en que después de nueve horas de prácticas de guerra y ejercicios violentísimos, montados ya en el camión que había de devolvernos a la base, situada a varias millas de distancia, y bajo un aguacero torrencial, me dijo, refiriéndose a un muchacho de color que estaba ya encaramado en el camión: "Dile al negro de m... ese que se baje, para poder colocar la ametralladora 30 en su lugar, y que es más importante que él".

Trasmití la orden disciplinadamente, mientras exclamaba para mis adentros: "Qué americano más hijo de p..."

Los viejos y asquerosos barcos, en que debíamos de hacer la travesía, se perfilan ahora en mi cerebro. La despedida del general Somoza, parado en la dársena de Puerto Cabezas, rodeado de una serie de tipos patibularios, portando unos maletines carmelitas y unas ametralladoras muy negras. El espectáculo de la patética "guataquería" de unos cuantos de los nuestros, que corrieron a saludarlo y rendirle pleitesía...

En la negrura de la noche, observo ahora la línea de luces, que nos indican la costa cubana... Nos acercamos a tierra silenciosamente. En vez de uniformes de fatiga, vestimos trajes de camuflaje, y las caras las llevamos





**"Nos estamos retirando. Avanzan con todo lo que tienen, que es mucho más que lo que tenemos nosotros."**

pintadas de negro. Ya tenemos municiones vivas en nuestras armas y peines de repuesto, además de cuchillos, granadas, etc. Sí, ya los **americanos** no están con nosotros. Prácticamente nadie habla y si lo hacen, es sólo en un susurro. Sólo se escucha el suave sonido del mar tranquilo al romper el agua la proa de nuestro barco. Se me ocurre hacer un chiste: "Detrás de esa hilera de luces", le murmuro a un grupo de compañeros, que apoyados a la pasarela del barco observan en silencio como nos vamos acercando a tierra, "están las mujeres más bellas del mundo". Unas risitas nerviosas me responden. "Rivero lo sabe..." comenta alguien, "él ha viajado mucho". "Puedes estar seguro." le respondo riéndome. Entonces de repente las luces se apagan y todos nos quedamos muy callados. Algo me dice que el miedo está al llegar.

Ahora tengo delante una roca grisosa. El agua negra y fría me llega a la cintura. Frente a mí, más allá de la roca, observo, sólo iluminados por la luna, unos edificios extraños. Hay como un portón, que se me antoja que es la entrada a un cementerio... Desde la microonda de Playa Larga, una ametralladora pesada, calibre 50, dispara constantemente hacia nuestras lanchas de desembarco. Las trazadoras, brillantemente azules y anaranjadas, iluminan la noche, dándole a aquello un sabor a fiesta de pueblo chiquito. Con una mano me agarro a la roca, mientras que con la otra empuño mi subametralladora M-3. Al realizar que ya estoy en Cuba y que en los próximos segundos pisaré su tierra, no puedo evitar que un pensamiento entre infantil y bestial asalte mi cerebro, "toda mi vida", me digo "fui un hombre decente... nada malo hice jamás contra mi patria, y sin embargo, me botaron de ella como a una escoria... pero ahora es distinto... volví de nuevo y no por Pan American" - y... miro para el arma que empuño en

mi diestra—; y con un hierro en la mano!"

Tres veces tomamos la posición y tres veces nos desalojaron de ella.

Es el último día de la batalla. Avanzamos cautelosamente por un bosque casi impenetrable de uvas caletas, para intentar de nuevo tomar esa posición y desde allí poder detener con nuestras bazukas el avance de los tanques enemigos. Ya uno de nuestros bazuqueros, un joven ex policía de turismo, que hace la guerra como si se tratase de un partido de "cricket", llamado Orlando Atienza, ha logrado reventar a dos de ellos. De repente, escucho la siguiente conversación, proveniente de la vanguardia, en voz alta y en un tono espeluznantemente natural:

—Eh... ¿y quiénes son ustedes? La voz es joven y bien timbrada, sin ningún acento insolente, sólo salpicada de curiosidad. Uno de los nuestros le contesta, también con naturalidad, aunque con cierto dejo de paternalismo:

—Nosotros somos el ejército de liberación...ríndanse para evitar más derramamientos de sangre—. Entonces, aquella otra voz respondió con la misma naturalidad y casi en un tono amigable:

—Qué va... viejo... ¡Patria o Muerte!

Nosotros, al escuchar esas fatídicas palabras, automáticamente nos lanzamos al suelo, mientras que a su conjuro, como si el guajirito que las hubiera pronunciado fuese algún tipo de poderoso nigromante, el bosque entero estalla en un intenso y ensordecedor tiroteo. Me doy cuenta entonces que el miedo, al que hacía ya tiempo había logrado guardar cuidadosamente en uno de los múltiples bolsillos de mi uniforme, amenazaba con escapárseme de él.

Se hacen los muertos cuando pasamos corriendo junto a ellos, pero de repente alzan sus falsas belgas y parten en dos a aquel de nosotros que tengan más cerca. La sed nos abrasa. Llevamos

tres días combatiendo, sin agua casi. La pólvora nos arde en la garganta. Nos estamos retirando. Avanzan con todo lo que tienen, que es mucho más que lo que tenemos nosotros. No hay tiempo de detenerse a averiguar si el que yace delante de uno, está vivo, muerto o simplemente herido. Mecánicamente, los que avanzamos delante con las subametralladoras, vamos soltándoles ráfagas a aquellas figuras yacientes, vestidas con camisetas azules y pantalones verde-olivo. El excremento se les sale por la cintura, como una carcajada en medio de un velorio. A veces están vivos, pero nosotros no miramos para atrás. Seguimos corriendo, alejándonos de ellos, como niños traviesos tras cometer una maldad, poniendo tierra por medio para no escuchar sus estertores y sus voces de auxilio, que suenan igual a las nuestras... El miedo, mientras tanto, se ha muerto en mi bolsillo. Lo sé, ya lo único que me interesa... es tomar agua y dormir.

Era muy joven, tenía el pelo rubio y los ojos azules. Los abrió desmesuradamente cuando me vio. Entonces noté que llevaba puesto nuestro uniforme. "¡Agua...agua!" exclamó al verme. Durante unos instantes, parado ante él, ponderé la situación... Estaba gravemente herido. Una ráfaga de algún tipo de arma automática lo había alcanzado. Una cosa amarilla, que días antes ya había observado en un viejo negro miliciano, se le salía por el costado. Era la misma cosa amarilla, aunque uno era un negro viejo y humilde, y este probablemente era lo que en Cuba llamábamos un "niño bien". Se estaba muriendo, casi partido en dos. Yo no tenía agua, ni fuerzas para arrastrarlo conmigo. Pisándonos los talones, venían las tropas de choque enemigas, sedientas de venganza por las muchas bajas que les habíamos hecho, y la malévola propaganda que los enloquecía de odio. Lo miré a los ojos: "Sí" —le dije— "yo te voy a dar agua... no vas a tener más sed..." El separó los párpados y clavó en mí intensamente su mirada. Aunque más joven, era un aventurero igual que yo. Me di cuenta, que conocía las reglas del juego. En aquel momento, la maleza detrás de mí se movió. El grupo que me seguía, me había alcanzado. "Gracias a Dios..." exclamé para mis adentros.

—¿Alguien tiene agua? —les pregunté, a la vez que señalaba para el herido yaciendo a mis pies. Sosa, un viejo y corpulento ex hacendado, ahora tusilero en nuestro batallón, se acercó con una cantimplora. Era un hombre muy ordenado. ¡Todavía tenía agua! Sosa le dio el agua. Después, lo depositamos a la sombra de un árbol y sus ojos azules se cerraron para siempre.

Continuamos corriendo, replegándonos hacia la retaguardia... una retaguardia, que ignorábamos que ya no existía.

**(CONTINUARA)**